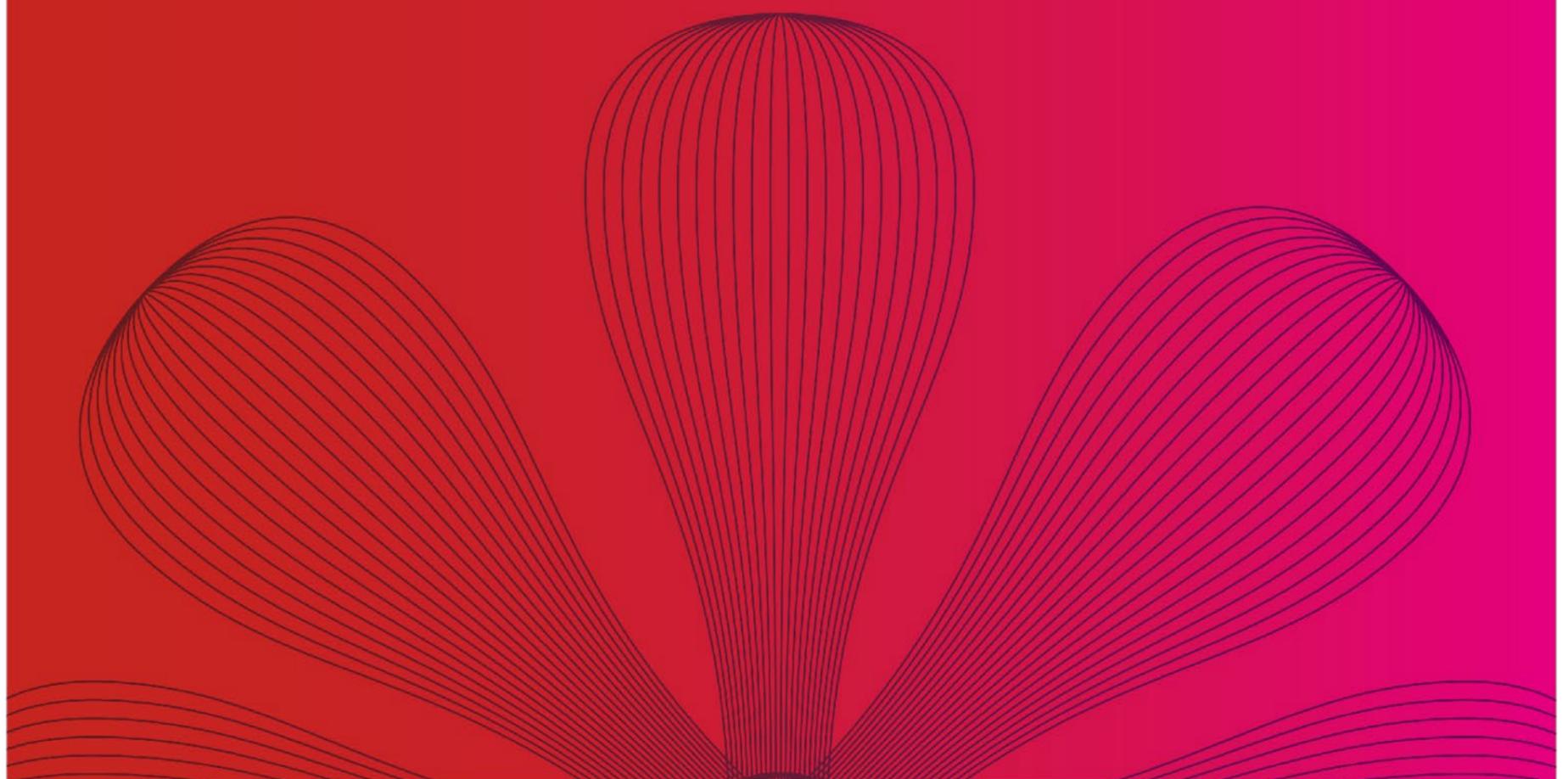


2024 **Abril
Cultural**

**Certamen literari
Antologia de textos**

**Guanyadora relat curt: Raquel Ibáñez Monforte
Guanyadora poesia: Miriam Sánchez Niño**



Auriculares

Raquel Ibáñez Monforte

Guanyadora de la categoría relat curt

Si algo me caracteriza es que siempre llevo auriculares en el ferrocarril. Como tú, puede. Y como medio planeta, pero sin música. Ni podcast. Tampoco con la radio ni notas de voz pendientes. Nada de nada. Utilizo unos de cable, bastante convencionales. Auriculares sordos que funcionan como una especie de carta blanca para escuchar conversaciones. Por supuesto, la licencia sonora también incluye metro, autobús y cualquier tipo de transporte público. Con ellos, los pasajeros asumen que estás en otra onda. Por eso, si fugazmente las miradas se cruzan o, peor aún, si se sienten escudriñados por ojos ajenos —los míos— e incluso estoy a pocos centímetros de la discusión, el aparato de mis oídos deja claro que se trata de un mero embelesamiento, fruto, seguro, de *Nothing else matters*. En el fondo, es un pacto de confianza ciega entre los habituales de la línea naranja.

Aquel lunes era temprano y el vagón estaba bastante lleno. Tenía una recuperación, así que intenté concentrarme en repasar mentalmente algún apunte suelto, cuando la pregunta atrapó mis oídos:

—¿Tú también tienes superpoderes?

Recorrí el vagón para descubrir de dónde había salido el interrogante, mientras me estrujaba como podía entre la gente para centrar mi posición en el pasillo. Justo detrás de mí tenía cuatro asientos enfrentados. La voz volvió a sonar y lo localicé en uno de ellos. Era un niño que no tendría más de cinco años. No paraba de mover los pies que no le llegaban al suelo, rozando el límite de darle una patada a la señora de los sudokus de delante de él. Tenía el pelo rubio y bien peinado, llevaba chándal, un abrigo desabrochado y una mochila acorde a su tamaño, con las asas caídas hasta los codos. Identifiqué a su padre, que no le quitaba ojo de encima, con un carrito en el pasillo, a pocos pasos de los asientos. Repitió la pregunta. El señor sentado en diagonal al niño alzó levísimamente las cejas y se fijó en el niño. Me pareció que aquel gesto le había costado un gran esfuerzo. No leía ni miraba el móvil, pero daba la sensación de que sus pensamientos luchaban contra él, llevándole lejos.

—¿Cómo?

—Mi papá dice que tengo un superpoder.

Algo sorprendido, el señor siguió la conversación.

—¿Y cuál es ese superpoder?

—Soy el hermano mayor. ¿Y el tuyo?

Hubo un silencio. Alguien me tocó el brazo para que le dejara pasar. Se quedó en medio. Aproveché para mirar la pantalla que indicaba las paradas. Bajaba en la siguiente. Quería seguir una, dos, las que fueran hasta que nos quedáramos solos en el vagón. El examen dejó de importarme durante ese trayecto.

—Tengo cáncer.

Dudé de si le había escuchado. El niño reparó en su padre, que llevaba unos segundos haciéndole señas, mientras seguía sujetando el carrito. Saltó del asiento. Estiró una mano hacia la que le tendía su padre y, con la otra se despedía del señor.

—¡El mío se llama Pablo!

Lo escuché lejano. El tren ya se había detenido y la gente empezaba a empujar. Perdí de vista al señor, aunque seguía buscándolo mientras avanzaba entre demasiados pies. Frené, resistiéndome a bajar. El niño había bajado por la otra puerta y desaparecía al fondo del andén. El pitido de las puertas me molestó y me di cuenta de que ya no tenía puestos los auriculares y ahora colgaban de mi bolsillo, todavía conectados al móvil. Bajé. Me quedé ahí mientras el ferrocarril cogía velocidad.

Nunca sabré que aquel señor sonrió al despedir al niño. Ni que, cuando bajó una parada después, se sentó en un banco, frente al hospital al que se dirigía, y llamó a su hija para contarle el diagnóstico. No sabré si también le dijo que se acordara de estirar los pantalones al destender para no plancharlos. Quizás solo que tenía un superpoder.

Amor Hiriente

Míriam Sánchez Niño

Guanyadora de la categoría poesía

Llamas ardientes sus ojos desprenden.
Incrustándose en mi llano pecho,
Conformando un abrasador lecho.

Profundas heridas y cortes se encienden.

¿Dónde yacen las lágrimas que descienden?
La pesadumbre yendo al acecho.
De mi tormento nace el provecho,
Que mis llantos lánguidos no trascienden.

La agonía punzante me consume.
Terrible deseo de sosiego,
Desvaneciéndose, perdido en la nada.

Incesante castigo mi alma asume.
Gritos sordidos con los que ruego,
Hallar el fin a esta dolencia hostigada.

El mur de pedra

Martina Planas Espuñes

La brisa li removia els cabells. No feia massa vent. El sol daurat feia entreveure els seus ulls marró clar que quatre flocs de cabell castany tapaven. Repenjada amb els dos colzes sobre el mur, s'aguantava la cara amb les mans i de tant en tant posava els ulls en blanc i sospirava.

- És per allò d'abans?- vaig dir, una mica tímid.

Es va girar i em va veure, allà, plantat, com una única flor enmig d'un desert. Un desert sec, fred, sense vida.

- No, tranquil, només volia sortir a prendre l'aire.
- Em pensava que eres a baix, al menjador. Quan he sortit de la cuina no t'he vist enlloc i he pensat: "potser és a dalt"...

No m'estava escoltant. S'havia girat una altra vegada deixant a la vista aquella esquena tan perfecta que sempre em feia ballar el cap. Resignat, vaig encaminar-me cap a la porta de la terrassa decidit a entrar a casa i estirar-me al sofà. Just abans d'entrar, em va fer un crit.

- Vine! No vull pas estar així amb tu.

Els seus ulls verdosos van entrar dins meu. Em sentia nu, davant d'ella. Repenjat llavors -jo també- al mur de pedra, vaig mirar l'infinit. Després d'uns segons, la seva mà va agafar la meva, la va acariciar durant una bona estona i finalment la va deixar sobre el meu braç. Tenia les mans fines i dolces, gairebé de seda. Les tenia fredes i llargues, i les ungles pintades d'un to beix clar. El tacte de les seves mans era una mica llefiscós; segurament s'havia posat aquella crema rosa abans de pujar. Em va començar a passar la mateixa mà amunt i avall per l'esquena. Vaig tenir un calfred.

- Tranquil, només estem prenent l'aire.

Jo, ja de per si tranquil, vaig respirar profundament. Les nostres mirades es van tornar a trobar. El món se'm va parar un instant bonicament etern. Va repenjar el seu cap sobre la meva espatlla mentre continuava acariciant-me el braç. No podia mentir-me, estava realment a gust.

Les campanes van començar a repicar. Els ocells no piulaven amb tanta força. Eren gairebé les vuit del vespre i les estrelles, menudes, ja començaven a deixar-se veure.

La vaig mirar de reüll, s'havia adormit. No sabia què fer, què dir, com actuar. La vaig agafar en braços i la vaig entrar a dins, fins a arribar a l'habitació. La finestra estava oberta, però com que feia una mica de calor vaig optar per no tancar-la. La vaig deixar

caure suaument sobre el llit de matrimoni, i jo, també esgotat per l'esforç, vaig estirar-me al seu costat.

Al fons, s'hi podia entreveure el mur de pedra on havíem estat tants dies repenjats i on havíem compartit tant baralles com petons.

- T'estimo. -li vaig dir.

No em sentia, però m'era igual. Ja sabia que ella també.

Destino firmado

Salvador Maria Benedé Torrents-Faura

Estaba solo.

Me encontraba de pie, exhausto en aquel desolado lugar fuera de la mano de Dios. Poco más podría haber hecho para cambiar mi amarga situación sin nadie más que la áspera brisa, el cielo infinito y el fuego abrasador del sol que hacía insoportable la ardiente arena bajo mis pies. La cantimplora sin una sola gota de agua parecía que se riese de mí, pues de nada ya servía sin la apreciada agua dentro de ella. Mis esperanzas se desvanecían como humo en aquel horno de la muerte. Era el final. Tres días caminando y nada. Ni un paso más podían dar mis débiles pies llenos de callos. Toda esperanza sucumbió en ese instante.

Miré hacia el cielo y el último aliento de vida que me quedaba se escapó de entre mi seca boca, perdiendo la batalla contra la desolación eterna del desierto.

Paloma

Natalia Garrancho Molina

Sosegadamente, Paloma, come su asombroso tentempié como cualquier otro día, bajo un sol de media tarde que ilumina los árboles del parque. Come incesantemente, bocado tras bocado cuando es interrumpida por una inesperada persecución.

Paloma irrumpe en una frenética carrera al percatarse del inminente peligro. Con pasos tambaleantes y descoordinados, se esfuerza por escapar de la amenazante presencia que la persigue. Bajo sus pies, el asfalto parece extenderse infinitamente, pero sin apartar la mirada del objetivo, se empeña en eludir ser atrapada.

A pesar de la aceleración de su respiración y los latidos que emergen con cada vez más urgencia, Paloma no cede ante la desesperación. Su cuerpo, sin embargo, se niega a acelerar el paso. En medio de la persecución, sus ojos permanecen abiertos y expectantes, enfrentándose al horror que la acecha.

Aunque la situación resulta innegablemente estresante para Paloma, su semblante no denota abatimiento. Con determinación, mantiene la mirada fija en un punto, moviéndose torpemente de un lado a otro con la intención de confundir a su perseguidor. La mente de Paloma, en un breve pero intenso lapso, queda desprovista de pensamientos para evitar sucumbir al pánico que la envuelve. Ante el avance de aquella criatura y el esperpento de una patada al aire, Paloma no ve más remedio que olvidar su tentempié y abre sus grises ...

- ¡Víctor, cariño! Vámonos a casa que es hora de merendar. -interrumpe desde la lejanía la madre de Víctor-

Poco a poco Paloma, ya alejada al vuelo de todo peligro, se posa en lo alto de una farola y sólo piensa en las migas de pan que no ha podido acabar de picotear.

Un presente que fue, es y será

Cristina Farré Montesó

Era jueves, 7.30 a.m. Como cada día, corría para no encontrarme parada frente a coches que circulaban con rapidez y tener que esperar a que el amenazante rojo se convirtiera en verde. Entonces, fingiendo tener miles de preocupaciones mayores en la cabeza, sentía que la mirada de todos los conductores estaba puesta en mí, analizando aquel ligero paso. Un sentimiento de vergüenza invadía mi cuerpo entero. ¿Vergüenza de qué? Todavía no lo sé, no lo encuentro en el guion, y tampoco sé si lo hallaré.

Esa sucesión era la película de mi vida: una misma escena que se repetía día tras día. Hasta ese jueves. Miré el reloj: las 7.43 a.m. Y, a la espera de cruzar los seis terribles metros hasta la acera paralela, presencié una conversación de una niña de unos cinco años y su padre:

-Papá, ¿por qué no me habías dicho que tenemos flores en el jardín?

-No te lo había dicho porque estaban escondidas y no las veíamos.

-¿Y por qué ahora sí?

-Porque ha llegado la primavera, que es cuando crecen las mejores flores.

-¿Y no podrían crecer en el cuarto de jugar?

-Bueno, es que las flores más bellas necesitan la luz del sol para nacer.

-¿Y el sol está también en la barriga de mamá?

-¿Por qué dices eso?

-Porque quiero que Juanito sea tan bonito como las flores del jardín, y jugar al escondite con él hasta la noche.

En ese momento algo ocurre en el backstage. ¿Estaba prevista esta escena? Sabrá el director. El curso se para, dando paso a la reflexión personal acerca de lo sucedido.

Vuelvo sobre ello: esa mañana, lo único que tenía peso en mi cabeza era el supuesto tramo que, como cada día, tenía que atravesar. Ahora, tras esta jornada de trabajo, la imagen de las flores y las preguntas de esa niña se niegan a salirse de mi cabeza, como se resignan las estrellas a separarse del radiante cielo nocturno.

Al día siguiente mi despertar es completamente nuevo: la pureza que envolvía el alma de aquella niña esperando con cariño su futuro hermanito fue un punto de inflexión

en mi modo de comprender el mundo. Lo que antes era una sucesión de monótonos días laborales es ahora la maravillosa historia de mi vida. La película ideada por un presunto guionista se convierte en una vida que ha abierto los ojos. Una vida que, más allá de lo que su propia impresión suscitaba antes, es capaz de admirarse ante los detalles de su familia. Aquella inocente niña mostró una habilidad que únicamente tiene el alma que contempla: disfrutar de lo más pequeño, lo casi oculto, lo ordinario.

Hoy es el cumpleaños de mi marido, un cumpleaños especial porque son otras las lentes que llevo. Ya no veo regalos por comprar, una cena por preparar, ni un plan por organizar. Diviso únicamente el sol que se esconde al tiempo que reímos y jugamos los cuatro. Acostados ya los peques, me siento con él en la terraza. Miramos el cielo sumergidos en un profundo silencio. Y, cuando me parece tener la cuenta de todas las estrellas, dice:

-Las flores del desayuno eran preciosas, me he recreado acariciando esos pétalos color primavera.

Apenas el brillo de aquella luna se iba atenuando, cogí su mano y la coloqué sobre mi barriga: es un niño, le dije.

Y, con faz tranquila y sonriente, añadió:

-Siempre he querido que uno de nuestros hijos se llame Juan.

Mis ansias de deleite quedaron plenamente saciadas cuando, suspendida mi mirada en el océano de sus ojos, pronunció el más sincero 'gracias'.

Un 'gracias' que tengo grabado en el corazón, y que eternamente pronunciaré.

Entelequia

Natalia Murillo Nicolás

Ojos que queman. Mariposas sesgan la efeméride. Una brisa cálida que rodea. El tiempo detenido frente a mí franquea mi voluntad. Balas inminentes sacuden tus latidos y te acercan a mí. Tu instinto se abre paso entre la niebla insurgente. La espera te quiebra, y hallas futuro en el desierto de la inmediatez. No parpadeas, como si eso impidiese el deambular de los segundos sobre tu piel. La algarabía de un silencio interminable acelera la pulsión de tus sentidos. Dos perfiles que encajan. Los ojos descansan mientras las palabras bailan. La incertidumbre siembra el raigón de una suspicacia añeja, pero todavía presente. El azulino de tus ojos suplica confianza, mientras los míos buscan la coyuntura que permita sofocar la estela de un remordimiento enrarecido que debería pertenecerte. La veteranía de un hermetismo infranqueable nos retiene el uno frente al otro, y, mordaz, nos convierte en esclavos de una inhibición redomada compartida. La lluvia susurra secretos y nos hace cómplices. Sostienes mi mano y mantienes mi cabeza sobre tu hombro, el rocío etéreo golpea con fuerza nuestras espaldas, uniéndonos, tu corazón huracanado me hipnotiza, y al compás de la más sublime llovizna de otoño, danzan los luceros bajo tus párpados. “No abras los ojos”, susurras, sin saber que en ningún momento los he cerrado, por miedo a despertar de la entelequia. Pero inmediatamente descubro que es real, en el momento en que te alejas, y te pierdes entre el gentío sin desprender tu mirada de mi rostro. Me das la espalda y aceleras el paso, dejando tras él la escarcha de un futuro desleal. Algo cosquillea mi mano, y descubro en ella una llave que destila herrumbre, arrastrada por las gotas de lluvia. Sin saber qué hacer con ella, la guardo en el bolsillo del gabán, e intento recordar, abrumada por el fragor del aguacero, en qué momento la pusiste en mi mano.

Somriure de mitja lluna

Adriana Parés Viñas

Fa uns dies vaig trobar una foto.

Hi ha una nena de menys d'un any, asseguda mirant un conte que gairebé és més gros que ella. Passa les pàgines com pot, somriu amb cada imatge i, quan l'acaba, el torna a començar una i una altra i una altra vegada.

La mare la mira en silenci, l'acompanya de ben a prop amb una mirada plena d'amor, respecte i orgull. Li apassiona compartir aquests moments amb ella i gaudeix explicant-li que el món que està descobrint a través dels contes és apassionant, que el mar i la platja que cada dia veu a les il·lustracions la veuran créixer ben aviat i que totes les aventures que viu el Teo les podran viure elles també si s'ho proposen.

Aquesta nena em resulta tan familiar...!

El seu cabell és arrissat, fosc i amb una personalitat increïble. Els ulls són plens d'il·lusió i, alhora, noto certa inseguretat, com si busqués sovint la validació de l'entorn. El somriure em recorda a tu: una mitja lluna tímida, amb ganes de ser feliç, però amb por de ser-ho massa.

Tan de bo pogués abraçar-la i dir-li que viurà experiències que els contes no expliquen, que a vegades voldrà tornar al principi de tot i no podrà, però que estarà bé així perquè el que viurà després serà molt millor del que mai hagués imaginat.

Diuen que hi ha tants contes com realitats viscudes i per viure.

Hi ha contes amb segones i terceres parts, n'hi ha que ofereixen tants finals com camins vulguis escollir, hi ha reis que encara que vulguin no poden regnar i hi ha princeses que no volen ser salvades perquè només elles tenen la clau del castell.

Però a la foto no hi ha cap castell, cap clau, cap princesa ni cap final; sinó una mitja lluna que vol ser lluna plena, una petita amb ganes de menjar-se el món, de seguir aprenent i descobrint(-se).

Gairebé 35 anys després, la clau ha sigut la foto.

I me n'adono de què ja no hi ha contes amb segones i terceres parts, sinó aventures viscudes, platges fetes realitat, aigua salada bussejada i mil camins que han portat a alguns finals i a molts nous inicis.

Avui que és el teu dia, et deixo anar. Et recordo des de l'amor, t'abraço des de l'agraïment i, amb el cor a la mà, vull que sàpigues que ho vas fer tan bé com vas saber. Tan de bo poguessis veure en què s'ha convertit aquesta apassionada dels

contes, tan de bo la teva mitja lluna també sigui lluna plena perquè puguis il·luminar el castell sencer.

Com deia el conte que amb tot l'amor ens vas regalar:

JO SEMPRE T'ESTIMARÉ, PAPA!

Diario de un cartero

María Pilar Cortés Rodríguez

Cuando piensas que la cosa más extraña e improbable jamás te pasará, de pronto, pasa. Se despliega ante tus ojos recordándonos la magia de lo impredecible en los destinos que nos guardan.

Vivía una vida tranquila y ordenada hasta que un día, el destino, literalmente picó a la puerta de mi casa. Era la policía. Se me acusa de 3 homicidios, tráfico de drogas y abusos sexuales. Y a pesar de haber puesto absolutamente todo el empeño, ha sido imposible demostrar que no soy yo el deleznable hombre con el que me confunden.

Estoy en una cárcel de alto rendimiento en una isla de las Canarias, a veces incluso pierdo la noción espacial. Estar aquí es la misma sensación que estar en un banco sentado durante días mirando el transcurso de la vida de los que pasan. Pero yo he decidido que no me voy a quedar de brazos cruzados, que desde ese banco hay mucho por hacer. Descubres que el amor es lo que nos mueve y la voluntad la que lleva a cabo. Que desde aquí me siento pequeño, pero puedo soñar en grande.

Mis compañeros se ríen de mí, la mayoría són grandes y corpulentos, con una gran carrera de delitos y violencia. Pero desde aquí, desde el núcleo de la injusticia del mundo, aprendes a no juzgar y abrazar la incertidumbre de la libertad humana por muy hundida que esté para algunos. Posiblemente se me haya deformado la conciencia o simplemente me haya tarado, no lo sé, lo único que sé, es que desde aquí pienso luchar por la esperanza, no solo mía, sino la de los que me rodean.

En cuestión, hay un día que me hace especial ilusión. El 8 de octubre de 1948, el ocho es mi número favorito, para mi representa un universo lleno de posibilidades y conexiones por su simbolismo de infinito y equilibrio. Me desperté pensando que no era ningún día especial en particular. Tras el desayuno, suena la alarma y se abren las puertas que dan al patio circular y mientras algunos se dedican a jugar al balón, otros a pegarse o intentar trapicheos que siempre terminan en un año más para pensar el próximo, yo me dedico a pasear. Mientras doy vueltas y más vueltas sobre los mismos metros cuadrados de patio, rodeado de paredes, colores grises y caras irritadas que se esconden desoladas, miro al sol y pienso. Pienso en números. En física y en matemáticas. Y de repente se me abre un universo infinito de esperanza que me da fuerzas para seguir.

Y vuelve a sonar el timbre. Teníamos que entrar a las celdas, era mi hora de estudio. Estoy trabajando en un nuevo teorema. Me senté en el suelo y cogí un libro, tras esto apareció un policía con Paul. Me contaron que tardaron 20 años en encontrarlo y que se escapó de su pasada cárcel. En aquel momento, íbamos a empezar a compartir celda. Se sentó en el fino y mugriento colchón mientras me miraba de reojo con cierta

expresión de asco y desprecio. Estuvo mirandome durante dos largas horas inmóvil. Cerré el libro y se empezó a reír, se reía de mí. Estoy acostumbrado, aquí todos lo hacen. Yo le llamo risa nerviosa de ignorancia pasiva. Todos necesitamos reír, como mínimo 3 veces al día.

Todo empezó con la risa burlona de Paul y acabó en lágrimas de dolor y perdón. El poder de una conversación, es capaz de sanar las heridas más profundas. Y es que mientras unos cometen injusticias, otros las reciben. Que de el mal no es más que culpable el ser humano. Porque somos libres, libres de escoger nuestro destino. Una mala decisión nos pone en quiebra, nos hace temblar, dudar. Porque cuando las cosas no nos vienen de cara, debemos recordar que la vida pasa en un abrir y cerrar de ojos, que con pensar de míseros y pequeños que somos, nos hace despertar para empezar a vivir. Por eso hay que estar estar dispuesto día a día a perseguir la verdad para darle la mano al bien y llegar a ser feliz. Ser pesimistas en nuestra perspectiva no nos da más que argumentos para dejar de vivir. Porque el vivir es una fiesta, hay mejores y peores, todo depende de cómo la veas y con qué actitud vayas. Paul se quedó completamente pasmado. "Cómo puedes decir que esto es una fiesta" - me dijo. Y es que la fiesta no es la cárcel, es la vida. Las adversidades, nos dan por lo que luchar, nuestra razón de ser. Aunque sea complicado luchar por lo que queremos y por los que queremos, nos hace libres, grandes y felices. Y aquí donde todo es de color de gris o pones empeño en buscar colores o te acabas contagiando y convirtiendo de gris claro a gris oscuro, o te acabas haciendo más fuerte que nunca. Los mejores soldados están destinados a las más peligrosas y desafortunadas batallas. Y no digo que yo sea uno de ellos, pero sí que soy un pobre mísero destinado a convertirme en fuerte y grande porque así lo ha querido mi destino.

Con el paso de los días, empezamos a hacer muy buenas migas, no solo a hablar y a reír. Además, aunque parezca mentira, a leer. A Paul le encanta la filosofía. Increíblemente entre tanta mentira, mal e injusticia había hecho un amigo.

Tres semanas después había cumplido su condena. El único rayo de luz ahí dentro se iba a ir. Recogiendo sus cosas de la habitación, nos dejaron tiempo para despedirnos. Paul me dijo "gracias por confiar en mi cuando nadie lo hacía, gracias por no juzgarme y por ser un gran amigo, de verdad" Él caminaba hacia la luz mientras yo me quedaba aquí, sentado desde el banco donde de todas esas impersonales personas que pasaban una había tomado identidad. Se ha sentado y se ha marchado para seguir su transcurso.

No seré el más afortunado, pero si feliz.

L'oblit

Mireia Calderón Palacín

Sempre has sabut que tens el meu perdó. Després de tot he decidit absoldre't de les llàgrimes que he vessat. No és fàcil, però sé que és el correcte. Tanmateix, m'encoratjo a dubtar, dubto que siguis digne del meu oblit.

T'ofereixo la meva comprensió, perquè soc capaç de donar-la. Tot i això, la meva desmemoria no és un regal que puguis reclamar, puix no depèn de mi oferir-te-la, sinó de la meva vaga reminiscència. Malgrat tot, em trobo temorós, temorós de contemplar a un estrany en la lluminositat dels teus ulls.

Soc conscient de l'antitesi inherent. Estic davant teu i la meva ment m'insisteix a recordar el que has fet. Estic davant teu, mes el meu cor em porta a recordar qui eres, un record, que no serà reprimat per l'amnèsia. Podrà esvair-se o en cendres convertir-se, però romandrà en mi, amargament escudant-me de recaure a les teves mans, endolcint però, la memòria del que vaig sentir.

Per això, malgrat haver-te excusat, lluito per remetre'm a mi mateix per haver-te donat una segona oportunitat. Potser m'he condemnat a un cicle de dolor i angoixa, però ambdós dels meus òrgans, cervell i cor, lluiten protegint el seu propi sentir.

Després de tot, el perdó, en última instància, no només depèn de mi, sinó de la teva capacitat d'acceptar el passat per aconseguir un demà en què ens puguem oblidar.

El esplendor celestial

Clàudia Baldrich Morales

Un 29 de diciembre, llegó a tierra buscando una vida mejor, poniendo en juego la que tenía.

Fue recibido por una familia compuesta por unos padres y tres hermanos, cuyas inquietudes hallaban respuesta con su venida.

Prepararon su llegada con la premura de quien espera un regalo.

Se percataron de que sus costumbres eran distintas, así como el tono de su piel.

Este hecho suscitó en los tres hermanos indicios de inseguridades, en cuanto que, desde ese instante, enfrentaban el mundo con él.

Los padres alentaban a los tres hermanos a abrir el regalo, más allá de apreciar el envoltorio que lo recubría.

Por él, hablaba la sencillez de una hoja que emprende el vuelo encontrando su lugar en la cumbre del Carmelo.

Como cada domingo, las noches de verano, partieron a vislumbrar las estrellas junto al río, guardián custodio del esplendor celestial. Al alzar la vista relató lo que apreciaban sus ojos, en consonancia con lo que cada hermano albergaba en su corazón, atreviéndose estos a abrir el regalo.

Última oportunidad

Adriana Hontoria Astell

La quiere como nunca ha querido a nadie. Ama su forma de hablar, de moverse, de sonreír. Mientras conduce hacia ella no puede evitar recordar tantos momentos compartidos: las fiestas de cumpleaños, los picnics junto al río, la graduación, los veranos lentos al sol...Siente que han crecido juntos, que la historia de uno es parte de la historia del otro, y le duele pensar que su cobardía está a punto de alejarla para siempre de él.

Observa la serpenteante carretera, cada curva es una invitación a la incertidumbre. Tras los cristales del coche la brisa susurra entre los árboles y mece las hojas suavemente, como si la naturaleza misma intentara tranquilizarlo en su viaje. No obstante, en su cabeza, una tormenta ruga con furia, los interrogantes golpean con fuerza su entereza y la tambalean peligrosamente:

¿Qué le dirá? ¿Cómo se lo tomará ella? ¿Qué pasará después?

Tras 3 horas conduciendo, el pueblo comienza a tomar forma a medida que se acerca. Cada calle, cada rincón están impregnados de la esencia de su infancia y su adolescencia, los recuerdos se agolpan, se empujan unos a otros pujando por salir.

Dobla la esquina y la casa de Sofía aparece tras los almendros floridos que custodian la entrada. Traga saliva y se dispone a aparcar. Antes de poder acabar la maniobra oye su voz alegre que le grita sorprendida mientras mete medio cuerpo en el coche a través de la ventanilla del copiloto. Siente que el corazón le va a salir del pecho.

- ¿Qué haces aquí tan pronto?, ¡No te esperaba hasta mañana por la mañana!, ¿al final has podido montártelo en el trabajo?

Él sale del coche, sonrojado, sudoroso, feliz de verla tan feliz. Ella se tira a sus brazos, le abraza, le despeina con un gesto cariñoso mientras sigue hablando sin parar.

- ¡Qué contenta estoy! ¡Así podrás ayudarme! ¡Estoy a punto del colapso! ¡Quedan por decidir un millón de cosas! – Sonríe emocionada.

La colonia de ella, mezcla de bergamota y mandarina, se cuela por los poros de la piel de él y le impregna hasta el último rincón de su alma. La colonia de siempre. Inconfundible. Inolvidable.

Ella le tira de la mano con fuerza y juntos pisan el sendero de césped que, a través del lateral de la casa, los conduce hasta el jardín de la parte de atrás.

-Flores rosas o amarillas? ¿Crees que estos manteles de color lavanda son demasiado cursis? No me decido con el color - Su incesante parloteo inunda todo el espacio.

Él no puede esperar más. Tiene que dejar salir lo que tanto tiempo lleva callando. - Para, para, Sofi, escúchame, he venido antes porque tengo algo que decirte.

-Vale, pero primero mira estos saquitos de tela que he preparado con hojas de tila que yo misma recogí del campo. Son el regalo para los invitados. ¿Te gustan? Me faltarán unos 12, para los del grupo de la coral, esos que confirmaron su asistencia hace sólo 1 semana, ¿te lo puedes creer?

-Tienes que escucharme, mírame, lo que he venido a decirte no puede esperar – su voz suena a súplica y desesperación.

-Me estás asustando, bobo. Venga, dispara, que tenemos mucho trabajo.

-Que te quiero, Sofi, que te quiero – Ya está, lo ha soltado, no de la manera que tantas veces había ensayado. Pero, más claro, imposible.

Ella se para en seco, le mira y suelta una ensordecedora carcajada que se posa en cada mesa de invitados, sobre los manteles cursis de color lavanda.

-Y yo también, y mucho, pero no te precipites, padrino, y guarda tu discurso para mañana- dice, risueña, al tiempo que le acaricia la cara.

Su delicado cuerpo de alfiler vuelve a escurrirse entre las mesas. Mientras arregla una flor aquí y recoloca un adorno allí, le pide opinión sobre el color de los globos que engalantarán la pérgola desde donde la orquesta pondrá música a la ceremonia.

-Globos rosas, demasiado infantil. Globos blancos, demasiado soso. ¿Qué hago? Tienes que ayudarme a decidir.

-Sofi, que te quiero, que siempre te he querido. Que no me imagino la vida sin tí, que quiero vivirla a tu lado. No te cases mañana.

De pronto, la última frase cae como una losa entre los dos. Un silencio atronador invade el jardín, tan real, tan crudo, como si el mundo entero contuviera el aliento. Ella se queda inmóvil, él le sostiene la mirada, cada segundo se estira infinitamente y queda suspendido en el aire, mientras espera la respuesta, una respuesta que no llega tan rápido como había soñado.

Él la mira a los ojos buscando encontrar algún indicio de lo que ella está pensando. Ella le devuelve la mirada con una incredulidad que se pierde en un mar de emociones encontradas.

Silencio.

Dos horas después, mientras conduce de vuelta a la ciudad con la ventanilla bajada, intenta recordar cómo ha llegado hasta allí. Un velo oscuro cubre sus recuerdos recientes. Es en vano todo intento por reconstruir lo que ha sucedido en aquel jardín

peripuesto y adornado para la boda. Los globos, los manteles y los saquitos de tila flotan en la neblina difusa que invade su mente.

De pronto, un inconfundible y familiar aroma a bergamota y mandarina le saca de su estado de aletargamiento. Ella apoya la cabeza en su hombro y le susurra que le quiere, que le ha querido siempre y que lo hará toda la vida.

La prisión de la página en blanco

Adrià Prats Pérez

Los rayos de sol penetraban directamente en los ojos de Ricardo. Al abrirlos, su mirada se cruzó con el sol. Apartó la mirada como un adolescente al cruzarse con la chica que le gusta. Notaba como si sus ojos se fuesen a derretir en sus manos. Estaba aturdido. Forzó la mirada hasta que observó que el reloj marcaba las 10 de la mañana.

El silencio en su piso era abrumador. Cada paso que daba retumbaba como si el suelo fuese una batería y sus pequeños pies, los palos que la tocaban.

No quiso pasar por el baño. Tampoco se preparó nada para desayunar. Se limitó a ir directo a su objetivo. No quería procrastinar más.

Llevaba 121 días desde que había escrito su primera y única novela. Desde ese día las ideas dejaron de surgir, los personajes que habitaban en su cabeza fueron desahuciados y el gozo con el que escribía se había convertido en algo mundano, en algo simple. La escritura había dejado de ser un medio para viajar y adentrarse en otros mundos, se había convertido en la monotonía y simpleza que resultaba redactar un correo electrónico.

La página en blanco frente suya le provocaba sudores y el cursor palpitaba al mismo ritmo que su corazón. Sus palpitos eran lo único que se escuchaba en todo el comedor.

“Un café y empiezo”, pensó.

La idea de participar en cualquier otra actividad que no fuese la de escribir redujo la frecuencia cardiaca de Ricardo. Se dispuso a levantarse, pero no pudo. Volvió a intentarlo con más fuerza y nada. Ni un cm se habían movido sus piernas. Soltó una carcajada incómoda ante la situación. -Uno no puede quedarse parálítico de la nada-, pensó.

Solo podía mover el torso superior y los dedos de los pies. Los suyos eran extraños. Siempre que los contemplaba se acordaba de su hermana.

-Si una babosa y un águila se apareasen tendrían unos pies como los tuyos-, le había dicho su hermana un verano ya muy lejano.

Ricardo creía que su hermana solo quería fastidiarle. Pero a lo largo de los años, en conversaciones intrascendentes, más de una persona le había dicho que tenía unos pies muy extraños.

Después de jugar durante varios minutos con sus dedos y percatarse de lo ridículo que se veía, Ricardo reanudó su escritura. Mejor dicho, se propuso nuevamente empezar.

Había leído en algún artículo que para dejar de procrastinar debías contar hasta 5 y actuar seguidamente. Y eso fue lo que hizo.

Cuando iba por el número 3, paró de contar. Trató de levantarse nuevamente. Nada. Pensó que con el poco tiempo que había pasado sus piernas volverían a obedecerle. Pero no, sus piernas sabían cuál era la misión de Ricardo y no iban a desanclarse hasta que escribiese algo. O como mínimo esa era la conclusión a la que Ricardo había llegado. Quizás tuviese que vivir el resto de su vida anclado a esa silla.

Volvió a contar de nuevo y cuando llegó a cinco, sus dedos empezaron a golpear las teclas del ordenador. Ricardo trataba de escribir lo más rápido posible. Apartando la vista de la pantalla. Como si el sol de esa mañana emergiese de su ordenador. Siguió así durante horas. Martillando el teclado, encorvado, fijando la vista en las teclas, sin mirar una sola vez la pantalla, sin corregir ni una sola frase de las que había escrito. Mientras escribía reía, lloraba, chillaba. Ricardo se estaba peleando con el teclado. Se había sumergido tanto en la historia que no sentía el dolor en las yemas de sus dedos. Siguió así hasta que el dolor en los dedos fue insoportable. Y en el momento que decidió parar, cerró la tapa del ordenador con un golpe seco.

Asustado, miró el reloj. Eran las nueve de la noche. Su mujer iba a llegar en media hora y no le había preparado nada para cenar. No se lo podía creer. Pero no se arrepentía. Fue a levantarse, pero no pudo, seguía anclado a la silla. No lo entendía. Había escrito durante horas y sus piernas no estaban satisfechas. Quizás lo que había escrito era malísimo. No, no, eso era imposible, nunca había estado tan inspirado, nunca había entrado en un estado de fluidez tan profundo. Estaba convencido de que lo que había escrito era de una calidad muy por encima de cualquier cosa que hubiese escrito en el pasado.

Aun sabiendo lo bueno que debía ser aquello que había escrito, le daba miedo revisarlo. No quería enfrentarse a leerlo.

Trató de levantarse nuevamente, sin mucho ánimo, pues sabía de antemano la respuesta de sus piernas. Su intuición le decía que debía leer el texto, que era la única forma de zafarse de esa silla.

Dejó a un lado el miedo y se dispuso a abrir la tapa. Las manos le sudaban mares y temblaba como si el termómetro marcase -10 grados. Apartando la mirada de la pantalla, abrió la tapa, contó hasta 5 y clavó la mirada en su ordenador.

La página estaba en blanco. El teclado no estaba conectado al ordenador.

Una oleada de tranquilidad lo arropó. La historia que había escrito se había quedado en el aire, en el olvido. Nadie jamás la leería, ni siquiera él mismo.

Ricardo sonreía.

A lo lejos se escuchaba el crujido de las llaves fusionándose con el paño. Ricardo se levantó y fue a recibir a su mujer con un largo beso.

Correspondència Entre Germanes

Imma Planellas Saumell

12 de març de 2024, Barcelona

Estimada Pilar,

Com estàs, com va la feina?

Aquí la vida va bé. Del pis a la uni de la uni al pis. Del pis a la feina de la feina al pis. Amb aquesta línia queda explicat el meu dia a dia amb tot detall. De vegades crec que tinc molta sort de poder portar una vida tan simple i descomplicada, i de vegades em preocupo enormement per estar perdent la meva joventut. Sovint només m'avorreixo.

No puc expressar amb paraules quan agraïda estic de la vida simple. Vivim a un món perfectament muntat en el que ho pots tenir tot si et dignes a aixecar un dit: tinc gana, vaig al supermercat; necessito diners, treballo; tinc curiositat, obro Google. Apreciem poc quant a l'abast ho tenim tot. Només cal obrir el mòbil per tenir davant dels ulls coneixements d'experts en qualsevol àmbit que ens expliquen qualsevol cosa de manera particular i al nostre ritme. És impressionant.

Dit això, he d'admetre que sovint sento que m'ofego. És com si el meu cos i jo fóssim entitats separades. El cos és l'encarregat de funcionar: estudia, treballa, parla amb la gent i fa tot el que toca. El cap ho mira tot com si fos una pel·lícula i s'asfixia de tanta normalitat. Estic tan avorrida que paraules no poden abastar el sentiment. Sento que m'ofego entre la mediocritat de la gent i la meva pròpia, en mig de la nostra existència de persones màquines no hi ha res que tingui la més petita rellevància, ens sembla que sí, però realment no. Quan la gent em parla, aquest "jo" crida de desesperació dins del meu crani. Quan parlo, la personeta aquesta també xiscla, m'adono de la nimietat del que dic mentre ho pronuncio, i m'avorreixo mortalment, a la vegada que em sento culpable per carregar el món amb més tedi. Tothom té una responsabilitat sobre això.

Saps que hauríem de fer? Que abans d'escopir paraules la gent parés a pensar si val la pena obrir la boca. "És interessant el que estic a punt d'explicar?" i fins i tot "A mi em sembla interessant el que estic a punt d'explicar?". Si la resposta no és un sí rotund, hauríem de tancar la boca i fer un break dance durant un minut per entretenir a l'altri i disculpar-nos així de quasi haver-li fet perdre el temps. Crec que si es fessin més balls espontanis, el món se'n beneficiaria. El problema és que per fer això depenem el criteri de la gent, i no sé si hem parlat mai d'això, però la gent és ignorant i estúpida i no podem confiar en la seva opinió. Tinc una amiga que se m'acosta cada dia emocionada per explicar-me el que va fer la tarda anterior, i sempre fa el mateix, cosa que em sembla fantàstic per ella, però per la resta de persones em fa molta pena, i com que els humans som gregaris condemno la seva falta de consideració.

Com a últim exemple que la gent és absolutament inútil, l'altre dia una noia em va contestar ofesa que en Timothée Chalamet sí que feia un bon Laurie a la nova versió de Little Women.

Ja està, no em queixo més. Em disculpo per aquesta carta, i t'asseguro que no carrego a ningú més que a tu amb aquests pensaments.

Finalitzaré la carta amb una nota més positiva. Seguint els teus savis consells, estic mirant de posar-hi una solució entrant a l'acció, et presento aquí el que se m'ha ocorregut fins aquest moment: a) llegir un munt, b) cultivar la meva vida espiritual, c) provar alguna droga, d) practicar sexe descontroladament o e) conèixer a tanta gent que puguem saludar a persones quan caminem per Barcelona. Ja em diràs quina sortida és la que et sembla millor.

Amb tot l'amor,

Rosa.

14 de març de 2024, Sant Esteve de les Roures

Estimada Rosa,

Agraeixo la teva carta, ja saps que sempre estic encantada de tenir notícies teves, independentment que quant depressives siguin.

La veritat és que no puc acabar d'entendre el teu punt de vista, però les solucions sí que m'han semblat apassionants, i te'n proposo un altre: t'has plantejat mai el suïcidi? Hahaha.

Au, ja saps que és broma i que t'estimo molt, amb amor et dic que ho superis, només cal que t'hi esforcis una mica per veure coses que valguin la pena, aquí hi ha la complicació, ximpleta.

Finalment, però, coincideixo amb tu amb què hi ha persones que són estúpides (no totes, ni la majoria, però algunes sí), i en Timothée Chalamet fa, sens dubte, una a feina horrorosa com a Laurie.

La teva germana que t'estima,

Pilar

Palabras

Maria Estefanía Dávila Espinoza

Palabras.

Instrumentos de vital importancia,
Pero también de gran destrucción.

Una primera palabra,
Un primer te quiero,
Un primer te amo.
Pueden revivirnos con sólo escucharlas.

Un primer te odio,
Una última palabra,
Un "Hasta siempre".
Pueden enterrarnos vivos.

Sólo una mirada puede decir más que mil palabras,
Así como una palabra puede decir más que una mirada.

Y decir cualquier palabra bonita la consideramos sincera,
Pero muchas palabras sinceras ya no son bonitas.

Palabras.

Que cosa tan agridulce.
O te hace sentir vivo
O te hace sentir la muerte.

Un año

Íngrid Vidal Juncosa

Empezó el año,
con el frío de Enero,
color marrón y negro.

Pasó la primavera,
con los pájaros que cantan,
y los días que se alargan.

El calor del verano,
con el sol arriba,
convirtió el verde en seco.

Acabó el año en otoño,
con las hojas caídas.
más cortos son los días.

El teu record

Juanjo Zorita Zamora

L'or dels teus cabells, les perles dels teus ulls, les teves innocents mans
l'estela de les teves paraules en els meus somnis
dient-me allò que volia escoltar i no vas dir mai.
Sento l'empremta dels teus petons en els meus llavis
i es refreda en recordar l'instant en què et vaig dir que no.

El teu record crema dins la meva ànima i alhora
és la meva pau en les nits d'insomni
quan ballo amb la foscor de la teva imatge.
Els dies amb tu alegres i lluminosos
són ara nits fredes on mai arriba l'albada.

M'aconsellen deixar-te, però
el meu cor rebel batega amb la teva mirada.
La por magra de l'oblit que
dibuixa esperança en els meus fulls blancs
i aquestes paraules que no vull escriure't
em diuen que no has de tornar.

Només així puc dir-te adeu.

M'hauria agradat donar-te tot el meu temps
agafar-te de la mà
regalar-te flors,
però tot això ja no ho puc canviar.

Ara et desitjo el millor amb ell,
espero que ell et doni el seu temps
t'agafi de la mà,
et regali flors.

Firmeza

Natalia Murillo Nicolás

Tu andar desafinado cosquillea
la escarcha de un pasado desleal,
cual péndulo vital se balancea
al son del caminar.

Todos ansían tu férrea presencia,
¡Regia fuente de leal entereza!
Acendrada guardiana de conciencias
¿Dónde estabas, firmeza?

Y es que tanto tiempo anduve buscando,
y es que tanto tiempo anduve clamando,
que no advertí a mi fiel compañera,
¡Que a mis espaldas iba replicando!

El tiempo

Núria Ortiz Justribó

Las arrugas le han borrado la sonrisa
y las canas le han nublado los recuerdos.

Todas las palabras recitadas han quedado mudas
y sus ojos cándidos se van apagando a la vez que su alma.

Sus manos magras giran con fatiga el reloj de arena
mientras el tiempo se desvanece en su mirada cansada.

Las palabras, ahora susurradas por el viento,
son versos de una canción que solo ella puede escuchar.

En ese silencio, se encuentra la esencia misma
de lo que ha sido y lo que está por llegar.

L'enyorança de la llum

Mireia Calderón Palacín

Una ceguera infausta inunda la meva ànima,
s'apodera de mi, controla la meva brillantor.

L'escolto i només sento el meu plor.

La palpo i tan sols aprecio l'abisme.

Què se n'ha fet de la nostra espelma?

Em sento sol amb la freda cortesia llòbrega,
intento enlluernar el que abans compartiem.

Et tinc al davant, mes les ombres abriguen les teves faccions,
els llavis fulgents que escoltaria, les mans radiants que tocaria.

Que se n'ha fet del nostre amor?

Tot ha sigut consumit per tu, la meva bella i ennegrida foscor.

La Virgen de la humildad, Fra Angélico

Alejandra Bach Serra

Leve sobre sus hombros.
Descansa el firmamento
y la luz leal que desvela la noche.

Translúcida mirada.
En el pálido pétalo,
el murmuero de su alma.

Y como la voz del silencio que apenas
se desprende
se eleva
y se posa
sobre quien contempla.

Serenidad.

Inteligente

Carmina Guadalupe Pérez García

He descubierto contigo un amor inteligente;
y es que ahora busco tu bien y no el mío.

Lo sé vulnerable y lo cuido... porque te quiero. Un amor
inteligente que sabe que tus ojos deben secarse y volver
a ser los ríos de luz que siempre han sido.

Es el mejor amigo del tiempo.
La paciencia es su compañía.

Un amor inteligente que vive y se agota dándose a
plenitud, con la esperanza de sumar tu corazón y el mío,
pero con la serenidad de que eso va a suceder.

Y lo cuido porque te quiero. Te quiero porque eres mi vida.

He descubierto contigo un amor inteligente;
que no rebasa, no intriga,
no se entiende como la medicina que mi corazón necesita.

Un amor inteligente; el que simplemente se entrega, el que
acompaña las noches de llanto y también las alegrías.

Un amor inteligente, que bombea mi corazón con la paciencia
de quien sabe que en ti ha encontrado al amor de una vida.